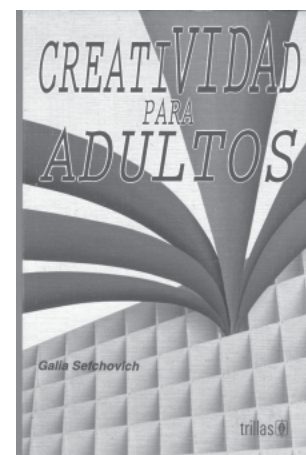


Reseñas bibliográficas

Sefchovich, Galia, 1993.

Creatividad para adultos, Editorial Trillas, México. 169 pp.



El sistema educativo tradicional se sostiene en la idea de producir aprendizajes iguales en alumnos de los que se esperan respuestas iguales. Dentro de este ideal de uniformidad es claro que las expresiones que salen de lo esperado son castigadas o, al menos, reprimidas. El paso por la escuela representa, así, un largo proceso en el que se va mirando la capacidad expresiva y creativa de las personas. En la actualidad, a pesar del interés por las teorías constructivistas en educación, los sistemas educativos de nuestra región latinoamericana en general no consideran que el desarrollo de la creatividad en la escuela sea una prioridad.

Preocupada por este motivo, y convencida de que la expresión de la creatividad es un derecho de todas las personas, Galia Sefchovich nos ofrece un manual cuyo propósito es que docentes, promotores y facilitadores cuenten con una rica propuesta metodológica para la promoción de la creatividad en el trabajo educativo con jóvenes y adultos.

El libro está basado en la vasta experiencia de la autora en desarrollo creativo y técnicas de expresión global, y transita desde un recorrido teórico de las concepciones oriental y occidental de la creatividad hasta la descripción detallada de un taller de creatividad en 16 sesiones, incluyendo una enorme variedad de ejercicios.

Las propuestas metodológicas que se hacen en este libro se relacionan con las posibilidades crea-

tivas y expresivas de la persona adulta, en el sentido de recuperar o desbloquear procesos naturales inhibidos por el temor en cualquiera de sus manifestaciones, y sensibilizar al adulto en la autoobservación y la observación del entorno, tanto con fines de desarrollo personal como de facilitar el de otros adultos: el educador necesita desarrollar su propia creatividad para propiciar la de sus alumnos.

El trabajo con las técnicas de expresión global se apoya en el uso de la expresión plástica (dibujo, pintura, recorte y pegado, modelado, etc.), la escritura libre, la técnica de lluvia o tormenta de ideas, el manejo de energía, técnicas de relajación, trabajo con fantasía e imaginación y otros. El trabajo se organiza en forma individual, en parejas, triadas y gran grupo, en un clima de seguridad psicológica que propicia estados de ánimo distintos, ya sea el profundo, silencioso, meditativo y reflexivo o bien el acelerado, lúdico o jocoso.

Las técnicas que Sefchovich desarrolla en la segunda y tercera parte de su obra integran dos aspectos insolubles: por un lado el proceso creativo en sí mismo y por otro lo que ella llama el “proceso de recuperación creativa”, es decir, la reflexión personal y grupal del proceso, lo que posteriormente se expresa en cambios de conductas, actitudes y hábitos.

El espacio grupal, en este sentido, es el lugar idóneo para crear una atmósfera de calidez y con-

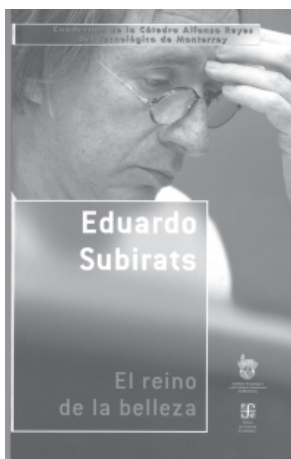
fianza, de manera que reduzca, o haga desaparecer, la sensación de soledad y el miedo a expresar auténticamente lo que somos. El miedo a ser quien somos, y a expresarnos como somos, se va construyendo a lo largo de la vida y en la edad adulta representa una coraza que nos impide no sólo expresarnos, sino también reconocernos. En opinión de la autora, éste es el principal inhibidor de la creatividad.

El taller que se ejemplifica en la obra ofrece a los docentes la oportunidad de reencontrarse con habilidades y posibilidades olvidadas: recordar experiencias anteriores y modificar la ruta, proponer, evaluar, retroalimentar el proceso personal y las acciones concretas de la vida profesional; en palabras de la autora, “ver lo mismo, pero desde otro lugar, con otros ojos”.

La propuesta de Galia Sefchovich es atractiva porque nos lleva de la mano desde el por qué desarrollar la creatividad (la filosofía) hacia el cómo desarrollarla (la metodología) y, posteriormente, con qué desarrollarla (la didáctica). Es una obra abierta a ser enriquecida con nuevas técnicas y ejercicios.

El desarrollo de la capacidad creativa constituye un asunto de supervivencia del género humano; necesitamos romper los límites de lo estereotipado o conocido y explorar terrenos nuevos para así ampliar nuestras potencialidades, redescubrirnos y descubrir al otro en su originalidad y dignidad.

Reseñado por *Cecilia Fernández Zayas*



Subirats, Eduardo, 2003.

El reino de la belleza, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey y Fondo de Cultura Económica de España, México. 110 pp.

Los cuadernos de la cátedra Alfonso Reyes del Tecnológico de Monterrey nos han dado ya varias publicaciones valiosas, entre las que destacan las de Sergio Pitol y Juan Goytisolo. En esta ocasión la cátedra fue impartida por Eduardo Subirats sobre los caminos recorridos por las vanguardias europeas de principios del siglo pasado, referida básicamente a las artes plásticas y reconociendo en ello el papel protagónico de la pintura (aunque a menudo se menciona a Schönberg y su obra), asunto ni lejanamente agotado y que el librito de Subirats nos invita a transitar una vez más estimulados por los frescos e incisivos atisbos del autor.

Inevitablemente, se dedica gran parte del análisis al problema de la forma y la voluntad de los

vanguardistas de reflexionar sobre las raíces de la misma, incluidos ritmo y color, armados de categorías tales como la pureza, la elementariedad, la originalidad y la radicalidad. Se destaca así mismo a la espiritualidad como un momento culminante del arte moderno, no como arte religioso ni mucho menos, sino como trascendencia artística, concepto que ya había sido desarrollado desde el romanticismo. De acuerdo con el autor, el arte moderno reclama una espiritualidad fuera de los dogmas y de la falsa conciencia instaurada y controlada por las burocracias sacerdotales. El artista moderno busca en la obra de arte la expresión de un nuevo orden de valores espirituales y morales, para alcanzar a través de ellos una nueva armonía en el

orden de la sensibilidad, de la interacción social y de la relación con la naturaleza, una espiritualidad necesaria para redefinir el futuro de la humanidad.

Subirats aprovecha, también con sabiduría y sentido de la oportunidad, para fustigar a tantos artistas de hoy en día, que él califica de “no-artistas” postmodernos, y a quienes llama funcionarios académicos de saberes especializados, autores al servicio de los agentes comerciales de la industria cultural, cuya conciencia de sí mismos es tan mediocre como la de los artesanos que prácticamente trabajaban en régimen de esclavitud para la Iglesia católica en la Europa de la Edad Media o en la modernidad colonial estadounidense; su oportunismo y su cinismo han vaciado interiormente sus expresiones artísticas o intelectuales. Por el contrario, el artista de la vanguardia europea del siglo veinte asume plena confianza en el poder de la razón y de la imaginación del ser humano para dar un sentido al mundo, y ese es el nuevo valor universal que le dieron al arte y con él a la humanidad que este arte definía. Volviendo a los asuntos de forma y estructura, el autor habla de las soluciones formales y las propuestas de armonía, orden espacial o ritmo temporal capaces de definir ese sentido del mundo en el terreno específicamente artístico, en el ámbito de los lenguajes y de los sistemas que utiliza para percibir y ordenar la realidad.

Con herramientas tan agudas en la mano, Subirats va repasando, capítulo a capítulo, temas tan cruciales para el examen de los movimientos vanguardistas de principios del siglo veinte como los son el asunto toral de la abstracción; la revolución lingüística referida una vez más básicamente a las artes plásticas y al atonalismo de Schönberg (y en donde critica sabrosamente el comportamiento de los que el autor llama funcionarios de aduanas para temas artísticos, que se conforman con poner etiquetas de «cubismo analítico», «cubismo sintético», «presencia de elementos totémicos de origen africano», «cubismo híbrido», etc); el gran discurso formalista de la modernidad y su nueva gramática estilística; el futurismo, el surrealismo, el dadaísmo y la estética antiestética de Grosz (artista que es de la particular predilección de quien esta nota escribe).

No necesariamente estamos de acuerdo con todo lo que dice Subirats. Nos parece excesivo y

reduccionista poner en un solo cajón al desarrollo de los acontecimientos en el mundo del arte (y en cualquier otro aspecto) en la Alemania nazi y en la Rusia soviética (en este último caso no menciona siquiera el calificativo de “formalista”, el más frecuentemente usado por Stalin, Zhdanov y su pandilla de husmeadores de toda heterodoxia en el mundo del arte y la literatura). Tampoco creemos que los conceptos de análisis y de síntesis hayan de ser referidos necesariamente a los restringidos usos y costumbres de los laboratorios de química, pues son de empleo común, tanto los términos como los conceptos, en muchas otras disciplinas y campos del saber desde tiempos inmemoriales. Pero estos desacuerdos palidecen ante algo que me parece mucho más importante: el descuido editorial de la obra, esmero del cual evidentemente no estuvo a cargo el autor. Es conocimiento común que el lenguaje hablado difiere del escrito y, si bien es saludable el intento de mantener la frescura del habla en la transcripción de una conferencia, ocurre que en ocasiones se cuelan, en las no bien cuidadas versiones escritas, sintaxis que están pidiendo más claridad, párrafos que podrían estar mejor estructurados, ordenamientos del discurso que podrían haber sido más limpios y eficaces. Para remate, en este caso, las palabras incompletas al final de una línea en ocasiones son separadas incorrectamente por el guión respectivo; el título del Capítulo III, p. 47, no corresponde con el que aparece en el sumario, p. 7, lo cual ocurre una vez más con el del Capítulo IV (pp. 7 y 75); la obra carece de toda noticia biográfica o académica del autor, y no se proporciona al lector ni siquiera la institución en la que trabaja; cuando pensamos que el libro carece de prólogo, venimos a encontrarlo al final, al terminar de leer la obra; y se incluye entre él y el texto un comercial de mal gusto sobre el Tec de Monterrey y la Cátedra Alfonso Reyes, de tono rutinario y simplista, escrito al uso y sabor de funcionarios y burócratas.

Reseñado por *JM Gutiérrez-Vázquez*